

# ***Los Estados Unidos, el somocismo y la revolución nicaragüense***

Daniel Waksman-Schinca

(...) Mi impresión es que nosotros hicimos lo suficiente para desestabilizar al gobierno existente, pero no lo suficiente como para hacer aceptar una alternativa moderada, si es que la hay (...)

(...) Cuando actuamos, debemos hacerlo con un propósito político, no simplemente con afirmaciones retóricas. Yo podía haber entendido un movimiento decisivo para reemplazar a Somoza por un moderado. Pero eso hubiera requerido el tipo de acción encubierta tan desacreditado en estos días (...)

Henry Kissinger, en una entrevista periodística hacia fines de 1978.

## I

Profesa y ejerce la izquierda latinoamericana un antiimperialismo lúcido, penetrante, eficaz? ¿Conocemos suficientemente el funcionamiento de la maquinaria de dominación imperialista, de sus diversos engranajes? ¿Entendemos la lógica propia del sistema? ¿Estamos en condiciones de interpretar debidamente el sentido y el alcance de sus contradicciones internas? ¿Sabemos sacar partido de ellas? ¿Estamos atentos a los cambios que se van produciendo en la estructura y en el modo de operar de esa maquinaria? ¿Modificamos a nuestra vez nuestras respuestas, de manera de contrarrestar con (por lo menos) no disminuida eficacia la acción del imperialismo? ¿Estamos razonablemente bien informados sobre cómo y por qué se toman en los Estados Unidos, dentro y fuera del aparato gubernamental, las principales decisiones que nos afectan? ¿Seguimos de cerca el curso de los debates sobre América Latina que se desarrollan en el ámbito académico norteamericano, en la prensa, en el seno de las diversas agencias gubernativas? ¿Somos capaces de individualizar y caracterizar correctamente a las distintas fuerzas que

\* La investigación sobre la cual se basa este artículo fue posible gracias al apoyo prestado por el Latin American Program del Woodrow Wilson International Center for Scholars, de Washington. Durante varias semanas, en agosto y septiembre de 1979, recogí documentación sobre el tema en diversas fuentes de la capital norteamericana y mantuve numerosas entrevistas (casi todas ellas «off the record») con toda clase de personas involucradas de un modo u otro en la política norteamericana hacia Nicaragua: desde congresistas, funcionarios del Departamento de Estado o ex-colaboradores de Somoza, hasta militares del Pentágono y periodistas, pasando por «lobbyistas» profesionales e investigadores académicos. En este artículo se esbozan algunas de las ideas y reflexiones suscitadas en el curso de ese reporte, que serán desarrolladas en un trabajo más extenso.

actúan en esos medios? ¿Podemos entender el modo de pensar específico de un congresista del **Middle West**, de un funcionario especializado del Departamento de Estado, de un ejecutivo de una compañía transnacional, de un académico liberal, de un coronel del Pentágono?

Existen buenas razones, lamentablemente, para temer que la respuesta a estas preguntas deba ser negativa. Resulta asombroso - y alarmante - comprobar cuán escasas y elementales son nuestras fuentes propias de conocimiento sobre la política de los Estados Unidos hacia nuestro continente. Las más remotas universidades norteamericanas tienen departamentos especializados en los temas latinoamericanos más variados (desde la literatura erótica hasta las cuestiones militares), mientras las más prestigiosas universidades de nuestros países desdeñan olímpicamente el estudio de la sociedad estadounidense y de la relación de ésta con las nuestras<sup>1</sup>. La abrumadora mayoría de la información cotidiana que recibimos sobre los Estados Unidos nos es suministrada por las agencias noticiosas de ese país. Ellas son, pues, las que deciden qué es lo que deben contarnos y cómo deben contárnoslo. Los medios de información latinoamericanos no tienen en Washington, por ejemplo, más de una docena y media de corresponsales propios. En tales condiciones, podemos creer que realmente sabemos lo que ocurre en los Estados Unidos? ¿Y que lo entendemos?<sup>2</sup>.

Durante mucho tiempo ha predominado entre nosotros la idea de que el conocimiento de la sociedad norteamericana es cosa reservada a los amigos, aliados o simpatizantes del imperio. En lugar de aplicar el antiquísimo (y sabio) proverbio chino según el cual es preciso conocer al adversario como a uno mismo, nos comportamos como si creyéramos que ese proceso de conocimiento implica una suerte de contaminación. Y rechazamos en bloque, indiscriminadamente, con un categórico **¡vade retro, Calibán!**, todo lo que venga de los Estados Unidos. Lo cual no nos ha beneficiado. Hay que reconocer que, en términos generales, el discurso antiimperialista predominante en América Latina es esquemático, consignista, repetitivo, a veces flagrantemente anacrónico. Su estilo resulta a menudo más moralizante que analítico, más inflamado que incisivo. Adopta con frecuencia un tono de denuncia o de queja, más preocupado por la fogosidad del alegato que por lo afinado de la explicación. Se refugia en las generalidades, y a veces incluso en la más hueca abstracción (con la coartada del

<sup>1</sup> Quizás el único equipo de investigación latinoamericano especializado exclusivamente en esta temática sea el constituido a mediados de la década del setenta en el Centro de Investigación y Docencia en Economía (CIDE), de México, donde se está desarrollando una labor realmente pionera. El CIDE publica un boletín quincenal (Estados Unidos: perspectiva latinoamericana) y una serie de Cuadernos Semestrales de los cuales se han publicado ya 7 números, algunos de ellos con más de 500 páginas de análisis y documentos.

<sup>2</sup> En junio de 1978, Preparando un reportaje sobre la política norteamericana de la administración Carter para el periódico **El Día**, de México, entrevisté a una buena veintena de funcionarios de nivel alto y medio de varias agencias gubernamentales. Cuando volví a conversar con algunos de ellos, trece meses después, les pregunté cuántos periodistas latinoamericanos (no residentes en Estados Unidos) los habían entrevistado en ese lapso. En casi todos los casos la respuesta fue que ninguno.

vuelo "teórico"), en lugar de ofrecer respuestas claras para las interrogantes concretas. Es conformista, en el sentido de que, frente a situaciones nuevas y cambiantes, nos reitera las explicaciones convencionales de siempre, que lo responden todo no respondiendo en realidad nada. Confundimos los niveles de análisis: si un nuevo titular de la Casa Blanca despliega una nueva retórica hacia América Latina (hipótesis nada artificiosa, porque en principio **todo** nuevo presidente norteamericano lo hace), nos limitamos a sostener que eso no tiene la menor importancia, puesto que la naturaleza del imperialismo no va a cambiar. Lo cual es indudable. Pero quizás interese, aunque la esencia del sistema imperialista permanezca inmutable, aprovechar las ventajas que eventualmente puedan ofrecernos ciertas modificaciones no esenciales, o responder de tal o cual manera a determinados cambios en las modalidades de actuación del sistema. ¿Nos da lo mismo el **benign neglect** nixoniano que la **política de derechos humanos** de Carter? ¿Debemos desdeñar los matices, las variaciones de estilo, las divergencias intestinas de carácter secundario? ¿Ya sabemos sobre el imperialismo norteamericano todo lo que necesitamos saber? ¿No tendremos, en esa materia, demasiados mitos, demasiadas desinformaciones, demasiados despistes?

## II

El proceso que condujo al desmoronamiento de la dinastía somociana y al triunfo de la revolución Sandinista en Nicaragua ofrece muy atractivas posibilidades de investigación fértil en esa dirección. Las condiciones en que se encontraba ese país en 1977 resultaban poco menos que óptimas para poner a prueba la sinceridad y la consistencia de la política de derechos humanos proclamada por James Carter. Allí no tenían por qué interferir, por ejemplo, las consideraciones de **seguridad nacional** que, en cambio, pesaban de manera confesamente decisiva en países como Irán o Corea del Sur. Por lo demás, en Nicaragua los intereses del **big business** norteamericano eran lo suficientemente débiles, en términos relativos, como para no incidir de manera relevante en la elaboración y ejecución de la política gubernamental<sup>3</sup>. Este país pasó a ser considerado, pues, como un **test case** de la política carteriana. ¿Qué postura asumiría la nueva administración frente a la flagrante y sistemática violación de los derechos humanos por una dictadura dinástica que los Estados Unidos había instalado en el poder cuarenta años atrás y que desde entonces habían respaldado y protegido invariablemente? ¿Hasta dónde estaría dispuesta a llegar?<sup>4</sup>.

<sup>3</sup> Véase, a este respecto, el segundo capítulo (**Si el imperialismo no existiera, habría que inventarlo**) del libro de Jorge G. Castañeda, **Nicaragua: contradicciones en la revolución** (ed. Tiempo Extra, México, 1980).

<sup>4</sup> Durante los últimos dos años se han publicado numerosos libros y artículos de fondo sobre la revolución nicaragüense, algunos de los cuales se consagran de manera especial (o aun exclusiva) al tema de la política norteamericana hacia ese país. La mayor parte de esos trabajos han sido escritos por autores norteamericanos. Entre otros, cabe mencionar los siguientes **The revolution in Nicaragua: another Cuba?**, por William M. Leo Grande (en **Foreign Affairs**, número de otoño de 1979); **Dateline Nicaragua the end of the affair**, por Richard R. Fagen (en **Foreign Policy**, número de otoño de 1979); **An evaluation of the Carter Administration's Human Rights policy**

Durante los dos años y medio transcurridos desde la inauguración del gobierno de Carter hasta el momento en que se produjo el estrepitoso derrumbe final del somocismo, el cuadro nicaragüense se fue complicando progresivamente y la crisis se hizo cada vez más aguda. Somoza no sólo no respondió inteligentemente a la política de **castigos y recompensas** (también llamada **de la zanahoria y el garrote**) inicialmente aplicada por Washington, sino que contribuyó a que sus relaciones con los Estados Unidos se fueran deteriorando de manera creciente. Dentro del gobierno norteamericano se asistió asimismo a un interesante forcejeo entre tendencias internas que postulaban orientaciones tácticas diferentes. En el país, la guerrilla Sandinista supo desencadenar, en alianza o convergencia con las fuerzas de la oposición burguesa tradicional, una ofensiva político-militar impresionante contra el régimen. El conflicto se internacionalizó rápidamente, involucrando de manera más o menos directa a Costa Rica, Panamá, Venezuela, México y otros países del área, además de a ciertas fuerzas políticas europeas. La OEA asumió jurisdicción en el asunto, e incluso en un momento dado Washington intentó jugar la carta de la intervención multilateral **interamericana**. Agitado por los partidarios de la línea dura, el espectro de una **segunda Cuba** empezó a rondar ostensiblemente por los centros de decisión política estadounidense, condicionando de manera notable todas las opciones<sup>5</sup>. Sin embargo, los Estados Unidos no reeditaron, como en algunos momentos pareció que podría ocurrir, el clásico guión del **desembarco de marines**, de la intervención militar al estilo de la efectuada en República Dominicana catorce años antes. Tampoco se concretó una hipótesis visualizada como probable por muchos analistas: la entrada en escena de las tropas del CONDECA (el **Consejo de Defensa Centroamericano**). Y el proceso se clausuró finalmente no sólo con la caída del régimen y la huída precipitada del dictador, sino además con el total descalabro de la Guardia Nacional y la

---

in Nicaragua, por Thomas Walker (ponencia presentada a la 8a reunión nacional de LASA, en Pittsburgh, en abril de 1979) En el No. 6 de los **Cuadernos Semestrales** del CIDE se publicaron dos artículos sobre el tema: **El marco sociopolítico de la crisis de Nicaragua y los efectos de la intervención del presidente Carter**, por Donald Castillo; y **Crisis de la hegemonía. La política de Carter hacia Nicaragua: 1977-1979**, por George Lawton. En el número de NACLA de noviembre-diciembre de 1978, consagrado a la crisis nicaragüense, hay un artículo de Alejandro Bendaña: **U.S. Strategy**. En la publicación oficial de las audiencias celebradas en octubre de 1978 por el Subcomité de Asuntos del Hemisferio Occidental del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, se incluye un trabajo de Paul Sigmund y Mary Speck: **Virtue's reward: the United States and Somoza, 1933-1978**. El tema es tratado, asimismo, en varias partes del libro colectivo **La batalla de Nicaragua** (por Ernesto Cardenal, Gabriel García Márquez, Gregorio Selser y Daniel Waksman Schinca), publicado en México a principios de 1980. Otra fuente muy útil de consulta es la investigación de Richard Millett, **Guardianes de la dinastía**, editada en los Estados Unidos en 1977 y de la que existe ahora una versión en español (EDUCA, Costa Rica, 1979). A esta lista, puramente indicativa, habrá que añadir un importante número de artículos periodísticos publicados en diarios y revistas de diversos países.

<sup>5</sup> Leo Grande sostiene precisamente que el obsesivo temor a una **segunda Cuba** fue la causa principal de que el gobierno norteamericano se equivocase sistemáticamente al evaluar la situación nicaragüense y al tomar decisiones sobre ella. (ob. cit., pág. 28 y sgtes.). En el mismo sentido, ver también Fagen (ob. cit., pág. 188) y varios otros de los autores citados.

toma del poder por las fuerzas revolucionarias vanguardizadas por el **Frente Sandinista de Liberación Nacional**.

¿Cómo fue posible esta victoria popular simultánea sobre la dictadura de Somoza y sobre el sistema de dominación imperialista en Nicaragua? ¿Qué lecciones pueden extraer del estudio de esta experiencia las fuerzas progresistas, democráticas y antimperialistas del resto del continente? Las características peculiares del gobierno norteamericano que actuó durante este período tuvieron incidencia importante en el proceso? ¿O fueron indiferentes? Este artículo no se propone, desde luego, responder de manera completa y documentada a estas interrogantes, sino simplemente aportar algunos elementos de juicio que estimulen a una reflexión más detenida a propósito del tema.

### III

Se suele afirmar muy categóricamente que la política carteriana no tuvo ninguna influencia positiva en el curso de los acontecimientos que condujeron al derrumbe del somocismo, alegándose que fue una política hipócrita, falaz, que nunca apuntó a la promoción de verdaderos cambios en Nicaragua sino que sólo aspiraba a maquillar mejor (manteniendo en el poder a Somoza o reemplazándolo por un régimen comparable) el sistema de dominación vigente.

Este tipo de razonamiento requiere ciertas precisiones. Ante todo, conviene aventar cualquier posible sospecha en el sentido de que el gobierno de Carter se hubiera propuesto en algún momento contribuir en Nicaragua a un cambio que mereciese llamarse tal. Durante los primeros veinte meses de la nueva administración, el respaldo de Washington al régimen de Managua fue vigoroso, sin perjuicio de que se ejerciese sobre Somoza una insistente presión - básicamente a través de las suspensiones y restricciones en el suministro de ayuda económica y militar - para que amortiguase sus excesos represivos y pusiese algún límite a su fabulosa voracidad económica. Resulta evidente que no se trataba en modo alguno de **desestabilizarlo**, sino más bien de ayudarlo a pesar suyo, de hacerle entender la necesidad de **moderarse**, de abrir válvulas de escape. Los resultados obtenidos con esta metodología fueron más que magros<sup>6</sup>, pero no por ello Washington enca-

---

<sup>6</sup> Los **somozófilos** de la administración Carter, capitaneados durante todo el año 1977 y casi la mitad de 1978 por el secretario de Estado adjunto para Asuntos Interamericanos, Terence Todman, hicieron todo lo posible (y aun un poco más) por destacar y magnificar las medidas supuestamente **liberalizadoras** adoptadas por el gobierno de Managua como respuesta a las presiones norteamericanas. Sostenían, en consecuencia, que Somoza debía ser estimulado (recibiendo sabrosas zanahorias y ya no tantos garrotazos) para que continuara por esa vía. Véanse a este respecto los testimonios presentados por el propio Todman y por su **deputy** Sally Shelton (que era una notoria antipatizante de Somoza, pero que actuó como vocera de la posición oficial) ante dos subcomités del Comité de Relaciones Internacionales de la Cámara de Representantes. Shelton se presentó el 15 de febrero de 1978 ante el Subcomité de Organizaciones Internacionales, y Todman compareció el 9 de marzo del mismo año ante el Subcomité de Desarrollo Internacional. Véase también en la misma audiencia en que se presentó Sally Shelton, la opinión totalmente coincidente del diputado demócrata texano Charles Wilson, uno de los más activos líderes del grupo prosomocista de Capitol Hill (pág. 93 de la publicación oficial).

ró, ni como simple hipótesis ni (mucho menos) como objetivo, la posibilidad de que el mandato de Anastasio Somoza Debayle pudiera interrumpirse<sup>7</sup>. Las dudas en este sentido sólo brotaron en el último cuatrimestre de 1978, después de la toma del Palacio Nacional por los Sandinistas. Y de todos modos los Estados Unidos siguieron suministrándole oxígeno político al régimen de Managua. En rigor, no dejarían de hacerlo sino prácticamente a último momento, cuando hasta los miopes más miopes de Washington terminaron de convencerse de que el desmoronamiento de la dictadura era inevitable. Y aun en esa fase final del proceso la administración norteamericana se esforzó por ayudar a Somoza a **durar** en el poder un poco más, mientras procuraba implementar el relevo que ofreciese las mayores garantías posibles de preservación del orden político, social y económico imperante en Nicaragua. Para ello, se fijaron como objetivo salvar a toda costa a la Guardia Nacional, trataron de llevar adelante una intervención militar con cobertura de la OEA, pretendieron influir en la integración del **Gobierno de reconstrucción Nacional** nicaragüense. Y en todo esto fracasaron, como es notorio. Resulta meridianamente claro, en suma, que la instalación en Managua de un régimen popular y revolucionario se logró **a pesar de** la política de Carter, y de ningún modo **gracias a** ella.

El caso nicaragüense resulta, asimismo, extraordinariamente ilustrativo del desfase existente entre la retórica carteriana sobre derechos humanos y la preocupación efectivamente demostrada por Washington por defender esos derechos. La demostración más impactante (aunque por cierto no la única) de ese contraste se produjo en septiembre de 1978, cuando la Guardia Nacional somociana efectuó en Masaya, León, Chinandega, Jinotepe, Estelí, y muchos otros lugares del país una de las operaciones de exterminio de población civil más atroces que registre la historia de nuestro continente. En éste y en otros momentos realmente trágicos del proceso, se hizo evidente que lo prioritario no era para Washington detener la masacre sino sacar de ella el mejor rendimiento político posible. Discurserío a un lado, el gobierno de James Carter no demostró ser ni más ni menos sensible al sufrimiento de un pueblo latinoamericano que cualquier otra de las administraciones precedentes.

Pero nada de esto debería ser causa de especial sorpresa. Si el gobierno de la superpotencia imperial luchase realmente por la causa de los derechos humanos, tal como nosotros los concebimos, dejaría de ser lo que es. ¿Y qué motivos razonables podrían invocarse para suponer que Washington pudiese tener interés en auspiciar transformaciones profundas, verdaderas, en la estructura política, económica y social de Nicaragua? Efectuar estas comprobaciones, pues, resulta grati-

---

<sup>7</sup> Durante la preparación de mi reportaje del 1978 para *El Día*, el tema de Nicaragua surgió inevitablemente en la mayor parte de las conversaciones que mantuve con funcionarios del gobierno de Carter, incluyendo a algunos de los más connotados ejecutores de la **política de derechos humanos**. Pero ninguno de ellos, ni siquiera los más abiertamente hostiles a Somoza, se planteaba la posibilidad de que éste cayera a corto plazo. La hipótesis de trabajo parecía ser más bien la de una evolución que condujese en 1981 a un relevo muy controlado, en el cual el propio Tachito sería un factor protagónico.

ficante, en la medida en que confirma la exactitud de nuestras convicciones esenciales sobre el imperialismo. Pero es también poco fértil, porque no nos ayuda a entender específicamente cómo y por qué los nicaragüenses lograron vencer a Somoza y a los Estados Unidos. Valdría la pena preguntarse, mas bien (sin temor de que ello nos deslice hacia posiciones coincidentes con las del ala liberal del **Establishment** norteamericano), si la política denominada **de derechos humanos** no habrá sido en Nicaragua, mas allá de (y aun contra) las intenciones de quienes la concibieron y aplicaron, un factor que de algún modo haya contribuido al éxito de la causa revolucionaria, al **abrir espacio** para los antisomocistas de todas las tendencias y alimentar el proceso que culminaría con la caída de la dictadura.

#### IV

Conviene disipar, ante todo, un frecuente malentendido: el de creer que la cuestión de los derechos humanos saltó al primer plano del escenario político norteamericano con la llegada de James Carter a la Casa Blanca. En América Latina tendemos, erróneamente, a periodizar las políticas de los Estados Unidos hacia nosotros en función exclusiva de los cuatrienios presidenciales, desdeñando la fase, a veces importantísima, de **incubación** de esas políticas. Ahora, por ejemplo, se olvida demasiado fácilmente que en Estados Unidos los derechos humanos se convirtieron en un **issue** en plena era nixoniana, en los borrascosos tiempos de la crisis de Vietnam y del estallido del caso Watergate, generando ásperos enfrentamientos entre el Congreso y el Ejecutivo. Cuando Carter asumió la presidencia de su país, en enero de 1977, el tema nicaragüense estaba ya en el tapete.

Los primeros **hearings** (audiencias) que tuvieron lugar en el Capitolio de Washington sobre la cuestión de los derechos humanos se remontan a agosto de 1973. Después, entre 1974 y 1976, hubo muchas audiencias más, un buen número de las cuales estuvieron consagradas a investigar la responsabilidad del gobierno **nixingeriano** en el golpe pinochetista en Chile. En junio de 1976, por impulso del representante Donald Fraser, se celebró el primer **hearing** dedicado especialmente a América Central, tratándose los casos de Nicaragua, Guatemala y El Salvador<sup>8</sup>. Los instrumentos legislativos sobre los que se apoyaría a partir de 1977 la política carteriana fueron forjados por representantes y senadores como Koch, Harkin, Badillo, Abourezk, Hatfield y otros entre los años 1973 y 1976, a contrapelo de las presidencias de Nixon y Ford<sup>9</sup>.

La opinión pública norteamericana, por lo demás, empezó a recibir información periodística desfavorable para Somoza desde mediados de 1975. En julio de ese

<sup>8</sup> Se trata de una audiencia celebrada los días 8 y 9 de junio de 1976 por el Subcomité de Organizaciones Internacionales (presidido por Donald M. Fraser) del Comité de Relaciones Internacionales de la Cámara de Representantes. Tema: **Derechos humanos en Nicaragua, Guatemala y El Salvador: implicaciones para la política de los Estados Unidos**.

<sup>9</sup> Para entender el rol desempeñado por el Congreso durante todo este período, es especialmente recomendable la lectura de un trabajo de Patricia Weiss Fagen (**La política exterior norteamericana y los derechos humanos. El papel del Congreso**) publicado en el No 5 de los Cuadernos Semestrales del CIDE.

año se publicaron en cientos de diarios estadounidenses las primeras **columnas** de Jack Anderson en las que éste proporcionaba datos demostrativos de la corrupción somociana y se indignaba por el hecho de que los Estados Unidos siguieran respaldando incondicionalmente a semejante régimen. Los artículos de Anderson alarmaron tanto a **Tachito** - que era calificado en ellos como **el dictador mas codicioso del mundo** - que de inmediato contrató los servicios de la firma **MacKenzie McCheyne Inc.** para llevar adelante una contracampaña de prensa. Durante todo el año anterior al acceso de Carter al poder, varios de los más influyentes periódicos norteamericanos - sobre todo el **New York Times**, el **Washington Post** y el semanario **Time** - publicaron artículos y reportajes en los cuales se ponía de manifiesto el carácter despótico, corrupto y represivo del régimen somocista. El odio que los personeros y amigos de éste le tomaron a periodistas como Bernard Diederich, Karen De Young o Alan Riding es ciertamente desmedido y enfermizo, pero no arbitrario.

Carter, pues, no inventó nada en esta materia. Tanto el tema de los derechos humanos en general como el de Nicaragua en particular habían sido puestos en el tapete de la discusión pública por el Congreso y por la prensa. El nuevo gobierno los recogió. Para eso no se necesitaba en realidad demasiada audacia: durante los años anteriores la política estadounidense hacia América Latina había sido tan reaccionaria, tan intervencionista, tan siniestra, que quien llegara a la Casa Blanca podía darse el lujo de priorizar la defensa de los derechos humanos y marcar cierta distancia con respecto a las dictaduras latinoamericanas (instaladas en muchos casos con la activa contribución de sus predecesores) a un costo bajísimo, sin mayores riesgos de que éstas cayeran. Nicaragua constituía, como hemos visto, un caso ideal. La opinión pública norteamericana estaba muy sensibilizada en cuanto al carácter de la dictadura somocista: le disgustaba, sobre todo, que **Tachito** se hubiese estado robando con todo descaro la mayor parte de los muchos millones de dólares de ayuda suministrados por los Estados Unidos a Nicaragua después del terremoto de 1972. Y dado que la guerrilla, desde la operación de la Navidad de 1974, parecía haberse sumido otra vez en el aislamiento y la inacción, ¿qué inconveniente podía haber en mostrarle a Somoza los malos ojos con los cuales el nuevo y muy moralista gobierno de Washington contemplaba su conducta? Lo novedoso, a partir de 1977, no fue entonces la manifestación en los Estados Unidos de un sentimiento desaprobatorio del comportamiento de Somoza, sino el hecho de que éste surgiese ya del Poder Ejecutivo y no sólo de la prensa o de ciertos subcomités congresionales que habían abonado el terreno.

## V

De hecho, todo este proceso de deterioro de la imagen del somocismo en los Estados Unidos tuvo una extraordinaria influencia sobre la oposición nicaragüense, tanto la del sector tradicional burgués como la del ala revolucionaria, estimulándola a actuar con creciente vigor y audacia.

Si se hubiese tratado de cualquier otro país, la percepción de que Washington estaba tomando distancia con respecto al régimen hubiese tenido



indudablemente cierto efecto sobre las fuerzas opositoras. En el caso específico de Nicaragua, este factor asumía una relevancia enorme. No hay que sobrestimarlos, desde luego: si no hubiesen existido los factores internos que aceleraron la crisis del somocismo y alimentaron el ascenso de las fuerzas revolucionarias, no habría ocurrido lo que ocurrió. Eso está claro. Pero basta recordar la historia de Nicaragua desde los tiempos de William Walker, la forma cómo se encaramó en el poder Anastasio Somoza García en la década del treinta, y el irrestricto apoyo norteamericano del que gozaron él y sus hijos durante los cuarenta años siguientes, para apreciar la importancia política de que las relaciones entre Managua y Washington entraran en crisis. Si el aval norteamericano desapareciese, o por lo menos se debilitase, el régimen somociano perdería evidentemente uno de sus pilares básicos de sustentación<sup>10</sup>. Durante los quince o veinte meses previos a la llegada de Carter a la Casa Blanca, tanto los guerrilleros Sandinistas como los grupos antisomocistas tradicionales (Pedro Joaquín Chamorro y los partidos y sindicatos aliados desde fines de 1974 en la UDEL) siguieron con creciente interés el proceso de erosión de los lazos de Somoza con Washington. El reemplazo del embajador James Theberge (un inteligente pero irremediable **cold warrior**) por el universitario liberal Mauricio Solaún, decidido por Carter al poco tiempo de asumir el gobierno, alentó cierta expectativa. Durante todo el año 1977, a pesar de las ambigüedades y contradicciones que muy pronto empezó a mostrar la política carteriana hacia Nicaragua, los antisomocistas percibieron muy claramente que el nuevo carácter conflictivo, azaroso, de la relación entre Managua y Washington les abría un espacio que había que aprovechar. **"Que la política de Carter hacia nuestro país sea ambigua, no me preocupa"**, me dijo en Washington, en 1978, un *nica* que conocía el terreno. Su razonamiento era elemental y realista: **"Durante cuarenta años, esa política no ha sido nada ambigua, sino definidísima. Y ya sabemos en qué sentido. De manera que esta ambigüedad de ahora es para nosotros un paso adelante formidable"**.

Este elemento de juicio pesó de manera sensible en decisiones como la del lanzamiento de la ofensiva militar **tercerista** de octubre de 1977. Enredado en una insólita querrela con los Estados Unidos, Somoza estaba débil<sup>11</sup>. Había que golpear

---

<sup>10</sup> Para evaluar la especial importancia de la relación entre la familia Somoza y Washington, y por lo tanto la trascendencia política de que ella entrara en crisis, véanse los ya citados trabajos de Millett y de Sigmund y Speck, así como los libros de Gregorio Selser (**Sandino, general de hombres libres y el pequeño ejército loco**), el de Carlos Quijano (**Nicaragua: ensayo sobre el imperialismo de los Estados Unidos**, de fines de la década del veinte), el de Jaime Wheelock (**Imperialismo y dictadura: crisis de una formación social** y varios otros. En mi trabajo **Ascenso, esplendor y crisis de la dinastía somocista** (publicado en el libro colectivo **La batalla de Nicaragua**) dedico especial atención a mostrar cómo ese factor, sumado a otros de carácter interno, incidió decisivamente en la aceleración de la crisis del somocismo (ver, sobre todo, págs. 159 a 177).

<sup>11</sup> A mediados de 1977, la embajada norteamericana en Managua emitió un comunicado de prensa tendiente a desautorizar muy sobriamente la explotación política que Somoza estaba haciendo de la votación efectuada en el Congreso de los Estados Unidos a propósito de la ayuda militar a Nicaragua. **Tachito** evitó la difusión de tan incómoda aclaración mediante el sencillo recurso de...

pues. La creación del **Grupo de los Doce**, una de cuyas misiones principales sería precisamente la de actuar en el escenario norteamericano, indica el valor que los Sandinistas le asignaban a este frente de lucha política. Un hecho nada habitual, por cierto, en la historia de la izquierda armada latinoamericana. En cuanto a Chamorro, que por la misma época viajó a los Estados Unidos a recibir un premio Moors Cabot y aprovechó para entrevistarse con algunos dirigentes norteamericanos, tenía muy clara conciencia de las posibilidades que ofrecía este distanciamiento entre Somoza y el gobierno de Carter. "**Nunca habíamos tenido una coyuntura tan favorable**", me dijo en una conversación mantenida en México, por donde pasó un par de días en viaje desde Washington hacia Managua.<sup>12</sup> Mi impresión personal es la de que Chamorro disfrutaba en los centros de decisión política norteamericana de menos apoyo del que a veces se le atribuye. Una cosa es que fuera potable para esos círculos (o para parte de ellos), y otra cosa es que fuera **la carta** de Washington. Su evolución política de los últimos tiempos lo orientaba más bien en dirección contraria. En todo caso, Chamorro era visualizado en general como una alternativa a Somoza, potencialmente aceptable para un gobierno como el de Carter. Y es probable que eso le haya costado la vida.

Resulta fácilmente comprensible que la oposición burguesa, siguiendo muy viejas tradiciones en esta materia, haya pasado a confiar muy pronto (equivocadamente, por cierto) en que los Estados Unidos les sacarían las castañas del fuego. Así se vio en la etapa de la **mediación**, sobre todo. Y su amarga desilusión determinó sin duda que se mostrara luego tan firme ante las maniobras norteamericanas de último momento orientadas a **moderar** la composición del gobierno post-somocista. Los Sandinistas, en cambio, hicieron desde el principio una evaluación mucho más certera de la naturaleza y de la magnitud de la contradicción entre el somocismo y Carter. Y manejaron este factor, en consecuencia, con gran tino y flexibilidad táctica. Siendo la suya, ineludiblemente, una guerra de carácter antiimperialista, supieron pelearla sin lanzarse a batallas frontales con el imperialismo y logrando en cambio que una parte del poderío de éste actuase en favor de una dinámica que le convenía a la causa revolucionaria. Esa es sin duda una de las grandes lecciones que nos deja la gesta nicaragüense.

## VI

Solemos hablar de **la** política de la administración Carter hacia Nicaragua, como si ésta hubiese sido efectivamente **una** política más o menos coherente y unívoca. No fue así. La actitud adoptada por Washington desde el inicio del gobierno de Carter hasta la caída de Somoza fue en realidad el resultado - variable, a menudo impredecible - de un forcejeo permanente entre distintos grupos o tendencias en el seno del aparato gubernamental norteamericano. Buena parte de los virajes, oscilaciones, retrocesos, vacilaciones y traspiés que se registraron durante ese período deben atribuirse a ese fenómeno.

---

¡censurarla! Esto revela hasta qué punto había llegado el deterioro de la relación.

<sup>12</sup> La entrevista se publicó en el periódico **El Día** de México el 24 de noviembre de 1977.

La izquierda latinoamericana tiende a subestimar estas contradicciones internas (que no constituyen por cierto una peculiaridad de la administración carteriana, aunque durante ella se han manifestado de manera especialmente intensa), como si sospechásemos que son fingidas, que forman parte de una especie de guiño urdido para hacernos creer que dentro de la maquinaria imperial hay "buenos" y "malos". Esto constituye un desenfoque: ni se trata de un problema de **buenos y malos**, ni tampoco estamos frente a una farsa. Lo que se da es un enfrentamiento muy real entre corrientes que tienen visiones distintas de América Latina y que proponen políticas también distintas hacia nuestra región<sup>13</sup>. El grado del disenso es limitado, desde luego: tanto los superconservadores como los grupos más liberales, pasando por todos los puntos intermedios del arco ideológico, concuerdan en lo fundamental. Ninguno de ellos aspira, obviamente, a la liquidación - ni siquiera al debilitamiento - del sistema de dominación internacional imperante. Hay algunos que quieren mantenerlo tal como es; otros lo desean aun más duro e implacable; y hay quienes proponen ciertas modificaciones dirigidas a que sea más flexible (y también más eficaz). En el caso de Nicaragua, este tipo de divergencias se reflejó con bastante nitidez. Nadie en la administración Carter, se proponía promover la caída de Somoza. Ni siquiera los más liberales. A lo sumo, como vimos, se empezó a pensar en un momento dado en una **transición controlada** a partir de 1981. Pero había matices: los grupos más conservadores reclamaban que se dejase tranquilo a **Tachito**; otros sectores pensaban que era oportuno asestarle un par de garrotazos, sin dejar de proporcionarle zanahorias, para que se **moderara** un poco; y los más severos opinaban que habría que apelar más al garrote y racionarle de manera muy estricta (o aun suprimirle) las zanahorias.

Dentro de este tipo de límites, la pugna era real, pues. En el Departamento de Estado, sobre todo, los **somozófilos** y los **derechohumanistas** libraron una persistente guerra de guerrilla burocrática. La causa somociana contó con la valiosa colaboración del ya mencionado Terence Todman, cuya función debió haber sido la de implementar en América Latina la política de derechos humanos, pero que visiblemente **atornillaba al revés**. Por fin, en el segundo trimestre de 1978, tras haber pronunciado un imprudente discurso en el cual desplegó puntos de vista inculcablemente divergentes de la política presidencial, Todman fue desplazado hacia la embajada en España. Tras él se había alineado la sólida burocracia profesional del **State Department**, que criticaba la forma de aplicación de la política de derechos humanos porque - decían - con ella Washington sólo estaba logrando perder a sus amigos tradicionales del continente<sup>14</sup>. La nueva orientación carteriana

<sup>13</sup> Sobre este tema, véase, por ejemplo, el artículo de Luis Maira, **Estados Unidos y América Latina: ¿perspectivas de cambio bajo la administración Carter?**, en el No. 1 de los **Cuadernos Semestrales** del CIDE (abril de 1977).

<sup>14</sup> Como ejemplo de esta posición puede verse el testimonio presentado en octubre de 1978 por el ex-embajador en Managua, James Theberge, ante el Subcomité de Asuntos del Hemisferio Occidental del comité de Relaciones Exteriores del Senado. Theberge aseguró compartir la preocupación del gobierno por la defensa de los derechos humanos, aunque aclaró que ésta no era una innovación de Carter sino una línea constante, clásica, de la política de Washington. Lo que él

na recibió en cambio la colaboración entusiasta de una nueva ola de funcionarios que tomaron posesión de sus cargos en enero de 1977, sin antecedentes como diplomáticos pero con experiencia en ámbitos como el de la lucha por los derechos civiles. Tachados de **idealistas** y de **novatos** por los profesionales, estos impetuosos recién llegados (pocos de los cuales han sobrevivido hasta hoy) se agruparon en torno al **número dos** de la cancillería norteamericana, el subsecretario de Estado Warren Christopher. La historia de los tirones y fricciones entre estas tendencias rivales es una historia menor, sin duda, pero no fue irrelevante para la evolución del tema nicaragüense.

Tampoco habría que descuidar el análisis de las contradicciones registradas en relación con lo que probablemente sea hoy el centro clave de decisiones de política exterior norteamericana: el **Consejo Nacional de Seguridad**. Del CNS, precisamente, partieron algunas de las iniciativas concretas que tendrían más impacto en el curso de los acontecimientos nicaragüenses. Mencionemos dos: la famosa carta de aliento que Carter le mandó a Somoza en julio de 1978; y la proposición en la OEA, en junio de 1979, del envío a Nicaragua de la denominada **peace-keeping force**. En ambos casos, al parecer, el Departamento de Estado se opuso - o por lo menos expresó serias reticencias - a estas medidas imaginadas en el **Old Executive Office**. Ambas resultaron, como se sabe, pifias espectaculares: la carta a Somoza sólo sirvió para reafirmar en los Sandinistas la convicción de que los Estados Unidos seguirían respaldando al dictador<sup>15</sup>; y el planteo norteamericano en la OEA dio lugar a uno de los más humillantes tropezones que haya sufrido ese país en un organismo históricamente caracterizado por su docilidad hacia Washington. También a propósito de Nicaragua, pues, el cortocircuito entre Zbigniew Brzezinski y Cyrus Vance provocó visibles chisporroteos. Al inicio de la nueva administración, muchos habían esperado que el encargado de América Latina en el CNS, Robert Pastor, tuviera allí una influencia positiva. Sin embargo, todo indica que éste más bien se **brzezinskizó** : sólo la ultraderecha del **lobby** somociano sigue considerando a Pastor, curiosamente, como uno de los responsables del proceso que condujo a la caída del régimen nicaragüense<sup>16</sup>.

criticaba, precisamente, era la forma de implementar esa política por parte de la actual administración. Se estaba actuando - dijo - con **agresivo moralismo**, con **falta de inteligencia, equilibrio y tacto**. Y la consecuencia era, a su juicio, que se estaban creando **innecesarias tensiones y conflictos con la mayoría de los países latinoamericanos** (ver págs. 15 a 17 de la publicación oficial). Véase, asimismo, la opinión de Kissinger, formulada en una entrevista para *Time* el 12 de mayo de 1980 "**Las administraciones anteriores podrán no haber prestado la atención necesaria al tema de los derechos humanos, pero la proclamación simplista de éstos ha servido para socavar las bases de gobierno pro-occidentales. Y estos son reemplazados por alternativas no democráticas sino totalitarias, radicales, antinorteamericanas, antioccidentales. Esto es lo que parece estar ocurriendo en Nicaragua**".

<sup>15</sup> Véanse las declaraciones de Edén Pastora, el **Comandante Cero**, publicadas en el *Washington Post* del 3 de septiembre de 1978: "**¿Cómo podía Carter felicitar a Somoza mientras nuestro pueblo estaba siendo masacrado por la dictadura? Quedaba claro que eso significaba apoyar a Somoza y nosotros estábamos decididos a mostrarle a Carter que los nicaragüenses combatiríamos resueltamente a ese cáncer. Decidimos, entonces, lanzar la rebelión popular**".

<sup>16</sup> Algunos notorios exponentes de este sector, como el congresista texano Charles Wilson y el **lobbyista** cubano-norteamericano Baymond Molina, coincidieron en mencionarme al **Informe**

Pero esa extrema derecha delirante, que por lo demás llega a un tris de acusar a Carter de **connivencia con Moscú**, se equivoca (o quiere equivocarse) cuando imagina que en los centros de poder norteamericano hubo algo así como una conspiración para derrocar a Somoza. Y nosotros nos equivocamos también, aunque de otro modo, si suponemos que la administración Carter elaboró en algún laboratorio estratégico algo que pueda llamarse **una política** hacia Nicaragua. Durante un largo período inicial, la actitud norteamericana hacia ese país fue la resultante de la indiferencia de los centros superiores de decisión (que no veían en el pequeño país centroamericano motivo para distraer su atención de otros **hot points** internacionales) y de los tiras y aflojas registrados a niveles medios del gobierno, o entre el gobierno y el Congreso. Más adelante, cuando el caso nicaragüense asumió carácter oficial de **crisis**<sup>17</sup>, se conformó para manejarlo un equipo centralizado, que implementaría una política concreta mucho menos errática, aunque tampoco entonces las contradicciones desaparecieran.

Uno de los mitos más generalizados y persistentes que los latinoamericanos tenemos a propósito de la política estadounidense es el de imaginar que esa indefinición y ambigüedad nos perjudican. **"No estoy seguro - al contrario - de que el hecho de que la política latinoamericana de los Estados Unidos fuera articulada e instrumentada de manera coordinada y coherente sería ventajoso para los intereses de América Latina"**, señalaba hace ya algunos años el sociólogo argentino Jorge Graciarena<sup>18</sup>. Y añadía: **"En realidad, parece haber fundamentos para pensar que, precisamente, de esas incoherencias derivan mayores posibilidades de mejorar nuestra posición en la mesa de negociaciones, por la facilidad de maniobra que ofrece la existencia de fisuras y contradicciones, así como la falta de unidad de las políticas puestas en práctica por la potencia hegemónica"**. El ejemplo nicaragüense ilustra de manera muy elocuente el acierto de esta apreciación.

### Referencias

Anónimo, EL DIA-PRENSA. Noviembre 24 -

---

**Linowitz** - en cuya elaboración Pastor tuvo activa participación - como una suerte de Biblia de los **conspiradores** antisomocistas que habrían decidido y dirigido desde Washington la **desestabilización** del régimen nicaragüense. Molina me aseguró, incluso que Pastor era el responsable de haber reclutado para esta operación a Carlos Andrés Pérez, durante un trayecto en auto desde el aeropuerto de Maiquetía a Caracas. Nada de esto, obviamente, parece tener relación con la realidad, aunque sean elementos de juicio interesantes para conocer el tipo de fantasías ideológicas con que operan estos grupos ultraconservadores.

<sup>17</sup> Véase el ya citado artículo de George Lawton en el No 6 de los **Cuadernos Semestrales** del CIDE (pág. 76 y sgtes.)

<sup>18</sup> Comentario a un trabajo de C. Mitchell en **Relaciones Políticas entre América Latina y Estados Unidos** (compilación de Cotler y Fagen ed Amorrortu, Bs. As., 1974). ver pág. 234. Sobre este punto, y sobre otros de los tratados en este artículo, véase el muy interesante trabajo de Gregory F. Traverton y Abraham F. Lowenthal. **La formulación de políticas norteamericanas hacia América Latina: algunas proposiciones especulativas** (en el No. 76 de la revista **Foro Internacional**, del Colegio de México. Abril-junio de 1979, Pág. 600 y sgtes.).

- Anónimo, PUBLICACION OFICIAL DEL SUBCOMITE DE ORGANIZACIONES INTERNACIONALES. Junio 8-9 - México. 1977;
- Bendaña, Alejandro, NACLA. Noviembre - Diciembre - México. 1980; La política exterior norteamericana y los derechos humanos. El papel del Congreso.
- Cardenal, Ernesto; García-Márquez, Gabriel; Selser, Gregorio; Waksman-Schinca, Daniel, LA BATALLA DE NICARAGUA. - 1978;
- Castañeda, Jorge G., NICARAGUA: CONTRADICCIONES EN LA REVOLUCION. - 1979; Dateline Nicaragua the end of the affair.
- Castillo, Donald, CUADERNOS SEMESTRALES DEL CIDE. 6 - 1978; Virtue's reward: the United States and Somoza, 1933-1978.
- Centro de Investigación y Docencia en Economía. CIDE, BOLETIN ESTADOS UNIDOS: PERSPECTIVA LATINOAMERICANA. - México, Ed. Tiempo Extra. 1980; Si el imperialismo no existiera, habría que inventarlo.
- Centro de Investigación y Docencia en Economía. CIDE, CUADERNOS SEMESTRALES. - 1979; The revolution in Nicaragua: another Cuba?
- Cotler; Eagen, CUADERNOS SEMESTRALES. 6. p76 - Ed. Amorrortu. 1974;
- Fagen, Richard R., FOREIGN POLICY. Número de otoño - Centro de Investigación y Docencia en Economía. CIDE; Crisis de la hegemonía. La política de Carter hacia Nicaragua: 1977-1979.
- Kissinger, PUBLICACION OFICIAL DEL SUBCOMITE DE ASUNTOS DEL HEMISFERIO OCCIDENTAL DEL COMITE DE RELACIONES EXTERIORES DEL SENADO. p15-17 - 1980; Comandante Cero.
- Lawton, George, CUADERNOS SEMESTRALES DEL CIDE. 6 - 1978; Derechos humanos en Nicaragua, Guatemala y El Salvador: implicaciones para la política de los Estados Unidos.
- Lawton, George, WASHINGTON POST-PRENSA. Septiembre 3 - CIDE;
- Leo Grande, William M., FOREIGN AFFAIRS. Número de otoño - Pittsburgh, 8a reunión nacional de LASA. 1979; El marco sociopolítico de la crisis de Nicaragua y los efectos de la intervención del presidente Carter.
- Maira, Luis, REVISTA FORO INTERNACIONAL DEL COLEGIO DE MEXICO. 76. p600 -
- Millett, Richard, GUARDIANES DE LA DINASTIA. - 1976;
- Pastora, Edén, TIME-PRENSA. Mayo 12 - 1978; La formulación de políticas norteamericanas hacia América Latina: algunas proposiciones especulativas.
- Quijano, Carlos, NICARAGUA: ENSAYO SOBRE EL IMPERIALISMO DE LOS ESTADOS UNIDOS. -
- Selser, Gregorio, SANDINO, GENERAL DE HOMBRES LIBRES Y EL PEQUEÑO EJERCITO LOCO. -
- Shelton, Sally, PUBLICACION OFICIAL DEL SUBCOMITE DE ORGANIZACIONES INTERNACIONALES. Febrero 15. p93 - CIDE;
- Sigmund, Paul; Speck, Mary, PUBLICACION OFICIAL DE LAS AUDIENCIAS CELEBRADAS EN OCTUBRE DE 1978 POR EL SUBCOMITE DE ASUNTOS DEL HEMISFERIO OCCIDENTAL DEL COMITE DE RELACIONES EXTERIORES DEL SENADO. - Estados Unidos. 1977; Ascenso, esplendor y crisis de la dinastía somocista.
- Theberge, James, CUADERNOS SEMESTRALES. 1 - CIDE. 1977; Estados Unidos y América Latina: ¿perspectivas de cambio bajo la administración Carter?
- Traverton, Gregory E.; Lowenthal, Abraham E., RELACIONES POLITICAS ENTRE AMERICA LATINA Y ESTADOS UNIDOS. p234 - 1979;
- Waksman-Schinca, Daniel, LA BATALLA DE NICARAGUA. p159-177 -
- Walker, Thomas, AN EVALUATION OF THE CARTER ADMINISTRATION'S HUMAN RIGHTS POLICY IN NICARAGUA. - Centro de Investigación y Docencia en Economía. CIDE; U.S. Strategy.
- Weiss-Fagen, Patricia, CUADERNOS SEMESTRALES. 5 -
- Wheelock, Jaime, IMPERIALISMO Y DICTADURA: CRISIS DE UNA FORMACION SOCIAL. -

Este artículo es copia fiel del publicado en la revista Nueva Sociedad N° 48 Mayo-Junio de 1980, ISSN: 0251-3552, <[www.nuso.org](http://www.nuso.org)>.